

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 19, 2-6a): *Si guardáis mi alianza, seréis mi propiedad.*

Salmo (99, 1b-3.5) *«Nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño»*

2ª lectura (Romanos 5, 6-11): *Cristo murió por nosotros.*

Evangelio (Mateo 9, 36 – 10, 8): *La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos.*

Muchas personas viven como ovejas sin pastor. Desorientadas, a la intemperie, solas y temerosas por lo que pueda suceder. A pesar de que ya no vivimos en una cultura rural donde todos entendían esta comparación de Jesús, la podemos imaginar. Un rebaño está unido, cuidado, tiene guía y alimento..., si hay un pastor con él. Hoy tenemos escasez de pastores y vivimos en un mundo injusto y desigual en el que hay mucha soledad y dolor en la vida de hombres y mujeres. Jesús no pasó de largo ante el sufrimiento de las personas (heridos, extranjeros, marginados, muertos...), pero también fue sensible a la falta de horizonte y esperanza de muchos. Su mensaje es integral y siempre hace una propuesta de vida plena para cada persona.

Los discípulos de Jesús estamos llamados a continuar su misión hoy. No podemos pasar de largo ante quien lo pasa mal. Con fe y entrega es posible seguir los pasos de Jesús y realizar sus obras hoy. Los cristianos hacemos presente a Jesús hoy y, con nuestra vida, queremos mostrar la salvación que viene de Dios. El amor, el perdón, la cercanía a todos y la compasión son capaces de transformar el mundo entero... pero hacen falta testigos que lleven ese mensaje con su vida, sus obras y sus sentimientos. Esta es la gran esperanza para la humanidad.

La Iglesia es sacramento de Cristo y todo en nosotros debe servir para anunciar a Jesús y su mensaje de salvación. Nuestro mundo y todas las personas, más allá de su cultura, su raza o su nivel económico, están sedientas de Dios. La vocación de la Iglesia es evangelizar, que todos conozcan y se adhieran a Jesús.

Para esta misión Dios sigue necesitando personas que se entreguen por los demás. Jesús llama hoy a hombres, mujeres, niños y adultos... a seguirle, a configurar su vida desde Él, a formar parte de la Iglesia y vivir con pasión la tarea que nos encomienda. Sacerdotes, miembros de vida consagrada y laicos formamos *“el equipo de Jesús”* dispuestos a que todo el mundo lo conozca y siga sus pasos. Discípulos misioneros que, enamorados de Jesús y de su Evangelio, contagien con su vida y sus obras la buena noticia de Dios.

En estos tiempos en los que hay mucha gente que busca trabajo el evangelio nos anuncia que la mies es mucha y faltan trabajadores. Sí, es cierto que hay muchos puestos de trabajo para cubrir en esa gran empresa que es el Reino de Dios en la tierra. Para que no nos llevemos a engaño se nos advierte claramente que lo que se buscan son trabajadores dispuestos a dar gratis lo que gratis recibieron.

Nos imaginamos que una empresa llamada el Reino de Dios no cotiza en bolsa ni reparte dividendos materiales. Los invitados a formar parte de ese Reino tienen la posibilidad de aceptar el gran regalo del Espíritu, que les transforma en propiedad personal del mismo Dios, partícipes por tanto de la herencia divina al ser considerados hijos de Dios. Con el Espíritu Santo llegan a sus fieles todos sus dones que le permiten conocer, apreciar, saborear una nueva dimensión de vida en la que es posible sentirse fuerte a pesar de nuestra pequeñez frente a Dios.

Ni siquiera tenemos que ocuparnos de aportar utensilios o instrumentos de trabajo que no sea la libre aceptación del programa que Dios mismo regala cuando hace concreta su invitación a ser colaboradores fieles de su Reino. En términos bíblicos se habla de una Alianza, de un pacto en el que todo lo pone Dios menos nuestra libre colaboración. Él es el Señor, el que sabe y puede trazar un programa de vida que no rompa nuestra libertad, que no nos haga esclavos de nadie ni de nada; además el Señor, Dios, nos asiste cuando lo necesitamos y cubre hasta nuestras deficiencias y repara cuanto hayamos podido estropear de bueno.

Hay que recordar que el salario es el pactado y Dios es fiel, no cambia por nuestras exigencias que se fijan en otras razones: horarios, clima, vacaciones, etc. Dios no necesita enriquecerse de ninguna manera y mucho menos con aquello que, según nuestro criterio mezquino, Él se pudiera ahorrar por no pagarnos con creces. La abundancia de los frutos que el Espíritu Santo produce en nosotros cuando trabajamos con los dones recibidos son un testimonio de que la mejor paga es trabajar en la viña del Señor.

Ni qué decir que esta colaboración en la extensión del Reino de Dios en el mundo requiere un alto grado de sacrificio, de renuncia a valores efímeros y de entrega generosa y libre de nuestra propia voluntad. Lo más difícil de esta colaboración es que si aceptamos el puesto de trabajo nos toca a nosotros ir tomando decisiones y responsabilizarnos de la idoneidad de nuestros actos. La acción del Espíritu es la que dinamiza nuestro obrar, la que nos guía con sabiduría divina para que nuestras acciones humanas sean fiel reflejo del querer de Dios. En esto consiste el verdadero sacrificio que tiene que hacer el colaborador del reino de Dios: trasladar al área sagrada toda la realidad humana con la que tiene que contar para realizar fielmente su tarea.

Este es el pacto y la alianza de Dios con nosotros. Él nos bendice para que nosotros vivamos el Evangelio y estemos cerca de los necesitados. ¡El Señor cuenta con nosotros! La mies es mucha y pocos los trabajadores. El evangelio proclama la urgencia de colaboradores para la extensión en la tierra del reino de Dios.